

La lógica de este argumento desconcertó á todos los *Miaus* de ambos sexos.

— ¡Pero qué tonto! — insinuó doña Pura con ganas de capitular, — ¿crees tú que esto volverá á pasar? ¿Y adónde vas con tu hijo, adónde? Si el pobrecito no quiere separarse de nosotros.

Poco le faltaba para llorar. Milagros dijo:

— No, lo que es el niño no sale de aquí.

— ¡Vaya si sale! — sostuvo Cadalso con brutal resolución. — Á ver: saque usted toda la ropita de mi hijo para juntarla con la mía.

— Pero, ¿adónde le llevas?, bobo, simple... ¡Qué cosas se te ocurren tan disparatadas!

— Por sabido se calla. Su tía Quintina le criará y le educará mejor que ustedes.

Doña Pura se sentó, atacada de gran congoja, sudor frío y latidos dolorosos del corazón. Vaya, que después de la hija, la madre iba á caer con a patalata. Villaamil dió una vuelta sobre sí mismo, como si le hiciera girar el vértice de un ciclón interior, y después de parar en firme, abrióse de piernas, alzó los brazos enormes, simulando la figura de San Andrés clavado en las aspás, y rugió con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Que se lo lleve... que se lo lleve con mil demonios! Mujeres locas, mujeres cobardes, ¿no sabéis que *Morimos*. . . *Inmolados*... *Al*... *Ultraje*?

Y tropezando en las paredes corrió hacia el

gabinete. Su mujer fué detrás, creyendo que iba disparado á arrojarse por el balcón á la calle.

XXXIX

— No cedo, no cedo — dijo Víctor á Milagros, al quedarse solo con ella. — Me llevo á mi hijo. ¿Pero no comprende usted que no podré vivir con tranquilidad dejándole aquí después de lo que ha pasado hoy?

— ¡Por Dios, hijo! — le respondió con dulzura la pudorosa *Ofelia*, queriendo someterle por buenas. — Todo ello es una tontería... No volverá á suceder. ¿No ves que es nuestro único consuelo este mocoso?... y si nos le quitas...

La emoción le cortaba la palabra. Calló la artista, tratando de disimular su pena, pues harto sabía que como la familia mostrase vivo interés en la posesión de Luisito, esto sólo era motivo suficiente para que el monstruo se obstinase en llevárselo. Creyó oportuno dejar el delicado pleito en las manos diplomáticas de doña Pura, que sabía tratar á su yerno combinando la energía con la suavidad. Al ir la *Miau* mayor al gabinete en seguimiento de su marido, le encontró arrojado en un sillón, la cabeza entre las manos.

— ¿Qué te parece que debemos hacer? — le dijo ella confusa, pues no había tenido tiempo aún de tomar una resolución. Grande, inmensa

fué la sorpresa de doña Pura, cuando su marido, irguiendo la frente, respondió estas inverosímiles palabras:

— Que se lo lleve cuando quiera. Será un trance doloroso verle salir de aquí; pero ¡qué remedio!... Por lo demás, no hay que remontarse, y digo más... digo que, en efecto, mejor estará el chiquillo con Quintina que con... *vosotras*.

Al oír esto, *la figura de Fra Angélico* examinó en silencio, atónita, el turbado rostro del cesante. La sospecha de que empezaba á perder la razón, confirmóse entonces, oyéndole decir aquel gran desatino. «¡Que estará mejor con Quintina que con nosotras! Tú no estás en tu juicio, Ramón».

— Y dejando á un lado lo que al niño convenga (atenuando su crueldad), Víctor es su padre, y tiene sobre él más autoridad que nosotros. Si él quiere llevarsele...

— Es que no querrá... ¡Pues no faltaba otra! Verás cómo arreglo yo á ese truhán...

— Yo no le diría una palabra, ni me rebajaría á tratar con él (cayendo en gran aplanamiento, sedación enérgica de su furia pasada). Yo le dejaría hacer su gusto. Tiene la autoridad, ¿sí ó no? Pues si la tiene, á nosotros nos corresponde callar y sufrir.

— ¿Pues no dice que callemos y suframos (espantada y briosa), cuando ese vil nos quiere quitar nuestra única alegría?... Tú no estás

bueno. Te aseguro que Víctor se llevará al niño, pero ha de ser á la fuerza, atropellándonos, y no sin que yo le arranque las orejas á ese perro.

— Pues mi opinión es no cuestionar con semejante tipo... Se me figura que si le veo otra vez delante de mí, le muerdo... Siento algo como una ansiedad física de clavar los dientes en alguien. Créelo, mujer, la Administración está deshonrada; ya no podrá decir *el probo* y *sufrido personal* de Hacienda, como se decía antes. Y lo que en cuanto á nivelación del presupuesto, que se limpien. Con esta chusma que va invadiendo la casa, es imposible.

— ¿Pero á qué me sacas ahora la Administración (exaltada), ni qué tiene que ver el burro con las tóporas? ¡Ay, Ramón, tú no estás bueno! Déjame á mí de *probos*... Que les parta un rayo. Mirate en tu espejo, y abre esos ojos, ábrelos...

— ¡Abiertos, muy abiertos los tengo! (Intencionadamente.) ¡Y qué horizontes ante mí!

Viendo que no podía ponerse de acuerdo con su marido, volvió á emprenderla con Víctor, que no había salido aún. Contra la creencia de Pura, el otro continuaba inflexible, sosteniendo su acuerdo con tenacidad digna de mejor causa. Á entrambas *Miaus* se les habría podido ahogar con un cabello, y Abelarda, confesándose autora del conflicto, lloraba en su lecho como

una Magdalena. Entre atender á su hija y discutir con Víctor, doña Pura tenía que duplicarse, corriendo de aquí para allí, mas sin poder dominar la aflicción de la una ni la implacable contumacia del otro. Nunca había visto al guapo mozo tan encastillado en una resolución, ni encontraba el busilis de tanta crueldad y firmeza. Para ello habría sido preciso estar al tanto de lo ocurrido el día anterior en casa de los de Cabrera. Este ganó en segunda instancia el famoso pleito de la casucha de Vélez-Málaga, siendo Víctor condenado á reintegrar el valor de la finca y al pago de costas. El irreconciliable Ildefonso le había echado ya el dogal al cuello y disponíase á apretar, reteniéndole la paga, persiguiéndole y acosándole sin piedad ni consideración. Pero del fallo judicial tomó pie la muy lagarta de Quintina para satisfacer sus aspiraciones maternas, y engatusando á Cabrera con estudiadas zalamerías y carantoñas, obtuvo de él que aprobara las bases del siguiente convenio: «Se echaría tierra al asunto; Ildefonso pagaría las costas (quedándose con la casa, se entiende). Y Víctor les entregaría á su hijo». Vió el cielo abierto Cadalso, y aunque le hacía mala boca arrancar al chiquillo del poder y emparo de sus abuelos, hubo de aceptar á ojos cerrados. Todo se reducía á pasar un mal rato en casa de las *Miaus*, á recibir algún arañazo de Pura y otro de Milagros y una dente-

llada quizás de Villaamil. He aquí muy claro el móvil de la determinación por la cual hubo de cambiar de casa y de familia el célebre Cadalso.

En lo más recio del trajín que Milagros y Pura traían, corriendo de Abelarda inconsolable á Víctor inflexible, con escala en Luisito, que también había vuelto á gimotear, entró Ponce. No podía venir en peor ocasión, y su presunta suegra, contrariada con la visita, le enchiqueró en la sala para decirle: «Ese trasto de Víctor nos ha hecho una pillada. Hemos tenido aquí hoy una verdadera tragedia. Figúrese usted que ha dado en llevarse al chiquitín, arrancándolo de este hogar, donde se ha criado. Estamos consternadísimas. Abelarda, al ver que ese verdugo se llevaba al niño á viva fuerza, cayó con un síncope atroz, pero atroz. En la cama la tenemos, hecha un mar de llanto. ¡Ay, hijo, qué rato hemos pasado!»

Por fin, como Abelarda estaba vestida sobre el lecho, se permitió á Ponce pasar á verla. La insignificante no lloraba ya; tenía los ojos encendidos, los miembros desmadejados. El ínclito mancebo se sentó á la cabecera, apretándole la mano y permitiéndose el inefable exceso de besársela cuando no estaba presente la mamá, quien repitió delante de su hija la versión dada al novio sobre el suceso del día.

— ¡Pero qué malo es ese hombre! — dijo el

crítico á su amada. — Es una bestia apocalíptica.

— No lo sabes tú bien — respondió la chica, mirando fijamente á su novio mientras éste se acariciaba con el pañuelo sus siempre húmedos lagrimales. — Alma más negra no echó Dios al mundo... ¡Mira tú que es maldad; querer quitarnos á Luisito, nuestro encanto, nuestra dicha! Desde que nació está con nosotras. Nos debe la vida, porque le hemos cuidado como á las niñas de nuestros ojos; le sacamos adelante del sarampión y la tos ferina, con mil sacrificios. ¡Qué ingratitud, y qué infamia! Ya ves lo pacífica que soy. Más que pacífica soy cobarde, inofensiva, pues hasta cuando mato una pulga me da lástima del pobre animalito. Pues bien; á ese hombre, si á mano le tuviera, creo que le atravesaría de parte á parte con un cuchillo... Para que veas.

— Sosiégate, minina — dijo Ponce con voz meliflua. — Estás excitada. No hagas caso tú. ¿Me quieres mucho?

— ¡Vaya si te quiero! — replicó Abelarda, plenamente decidida á tirarse por el Viaducto, es decir, á casarse con Ponce.

— Tu mamá te habrá dicho que hemos fijado el 3 de Mayo, día de la Cruz. ¡Qué largo me está pareciendo el tiempo y con que lentitud corren noches y días.

— Pero todo llega... Detrás de un día viene

otro — dijo Abelarda mirando al techo. — Todos los días son enteramente iguales.

Las conferencias entre las dos *Miaus* y Víctor duraron hasta que éste salió vestido de etiqueta, y toda la diplomacia de la una y los ruegos quejumbrosos de la otra no ablandaron el duro corazón de Cadalso. Lo más que obtuvieron fué aplazar la traslación de Luis hasta el día siguiente. Enterado Villaamil de esto, salió y dijo á su yerno con sequedad:

— Yo te prometo, te doy mi palabra de que lo llevaré yo mismo á casa de Quintina. No hay más que hablar... No necesitas tú volver más acá.

Á esto respondió el monstruo que por la noche volvería á mudarse de ropa, añadiendo benévolutamente que el acto de llevarse al hijo no significaba prohibición de que le vieran sus abuelos, pues podían ir á casa de Quintina cuando gustaran, y que así lo advertiría él á su hermana.

— Gracias, señor elefante — dijo doña Pura con desdén.

Y Milagros:

— Lo que es yo... ¿gallá?... ¡Estás tú fresco!

Faltaba todavía un dato importante para apreciar la gravedad del asunto; faltaba conocer la actitud del interesado, si se prestaría de buen grado á cambiar de familia, ó si, por el contrario, se resistiría con la irreductible firmeza

propia de la edad inocente. Su abuela, en cuanto el monstruo se fué, empezó á disponer el ánimo del chico para la resistencia, asegurándole que la tía Quintina era muy mala, que le encerraría en un cuarto oscuro, que la casa estaba llena de unas culebronas muy grandes y de bichos venenosos. Oía Cadalsito estas cosas con incredulidad, porque realmente eran papas demasiado gordas para que las tragase un niño ya crecido y que empezaba á conocer el mundo.

Aquella noche nadie tuvo apetito, y Milagros se llevaba para la cocina las fuentes lo mismo que habían ido al comedor. Villaamil no desplegó los labios sino para desmentir las terribles pinturas que su mujer hacía del domicilio de Cabrera. «No hagas caso, hijo mío; la tía Quintina es muy buena, y te cuidará y te mimará mucho. No hay allí sapos ni culebras, sino las cosas más bonitas que puedes imaginarte; santos que parece que están hablando, estampas lindísimas y altares soberbios, y... la mar de cosas. Vas á estar muy á gusto».

Oyendo esto, Pura y Milagros se miraban atónitas, sin poder explicarse que el abuelo se pasase descarada y cobardemente al enemigo. ¿Qué vena le daba de apoyar la inicua idea de Víctor, llegando hasta defender á Quintina y pintando su casa como un paraíso infantil? ¡Lástima que la familia no estuviera en fondos, pues de lo contrario, lo primero sería llamar á un

buen especialista en enfermedades de la cabeza para que estudiara la de Villaamil y dijere lo que dentro de ella ocurría.

XL

Cadalsito tampoco tuvo ganas de comer y menos de estudiar. Mientras le acostaban, la tía, completamente repuesta de aquel salvaje desvarío y sin tener de él más que vaga reminiscencia, le besó y le hizo extremadas caricias, no sin cierta escama del pequeño y aun de doña Pura. Milagros se quedó allí á dormir aquella noche, por lo que pudiera tronar.

Luis cogió pronto el sueño; pero á media noche despertó con los síntomas anunciadores de la visión. Su tía Milagros cuidó de arroparle y hacerle mimos, acostándose al fin con él para que se tranquilizase y no tuviera miedo. Lo primero que vió el chiquillo al adormilarse, fué una extensión vacía, un lugar indeterminado, cuyos horizontes se confundían con el cielo, sin accidente alguno, casi sin términos, pues todo era igual, lo próximo y lo lejano. Discurrió si aquello era suelo ó nubes, y luego sospechó si sería el mar, que nunca había visto más que en pintura. Mar no debía de ser, porque el mar tiene olas que suben y bajan, y la superficie aquella era como la de un cristal. Allá lejos, muy lejos, distinguió á su amigo el de la barba

— ¡Vaya, vaya! ¡Qué cosas ocurren en tu casa! Se me figura que estás en lo cierto: el pícaro del Ministro tiene la culpa de todo. Si hubiera hecho lo que yo le dije, nada de esto pasaría. ¿Qué le costaba, en aquella casona tan llena de oficinas, hacer un hueco para ese pobre señor? Pero nada, no hacen caso de mí, y así anda todo. Verdad que tienen que atender á éste y al otro, y cuanto yo les digo, por un oído les entra y por otro les sale.

— Pues que le coloquen ahora... ¡vaya! Si usted va allá y lo manda pegando un bastonazo fuerte con ese palo en la mesa del Ministro...

— ¡Quiá! No hacen caso. Pues si consistiera en bastonazos, por eso no había de quedar. Los doy tremendos, y como si no.

— Entonces, ¡control! (envalentonado por tanta benevolencia), ¿cuándo le van á colocar?

— Nunca — declaró el Padre con serenidad, como si aquel *nunca* en vez de ser desesperante fuera consolador.

— ¡Nunca! (no entendiendo que esto se dijera con tanta calma). ¡Pues estamos aviados!

— Nunca, sí, y te añadiré que lo he determinado yo. Porque verás: ¿para qué sirven los bienes de ese mundo? Para nada absolutamente. Esto, que tú habrás oído muchas veces en los sermones, te lo digo yo ahora con mi boca, que sabe cuanto hay que saber. Tu abuelito no encontrará en la tierra la felicidad.

— ¿Pues dónde?

— Parece que eres bobo. Aquí, á mi lado. ¿Crees que no tengo yo ganas de traérmele para acá?

— ¡Ah!... (abriendo la boca todo lo que abrirse podía). Entonces... eso quiere decir que mi abuelo se muere.

— Y verdaderamente, chico, ¿á cuento de qué está tu abuelo en este mundo feo y malo? El pobre no sirve ya para nada. ¿Te parece bien que viva para que se rían de él, y para que un Ministrillo le esté desairando todos los días?

— Pero yo no quiero que se muera mi abuelo...

— Justo es que no lo quieras... pero ya ves... él está viejo, y, créelo, mejor le irá conmigo que con vosotros. ¿No lo comprendes?

— Sí (diciendo que sí por cortesía, pero sin estar muy convencido...) Entonces... ¿el abuelo se va á morir pronto?

— Es lo mejor que puede hacer. Adviértesele tú; dile que has hablado conmigo, que no se apure por la credencial, que mande al Ministro á freir espárragos, y que no tendrá tranquilidad sino cuando esté conmigo. ¿Pero qué es eso? ¿Por qué arrugas las cejas? ¿No comprendes eso, tontín? ¿Pues no dices que vas á ser cura y á consagrarte á mí? Si así lo piensas, vete acostumbrando á estas ideas. ¿No te acuerdas ya de lo que dice el Catecismo? Apréndetelo bien. El mundo es un valle de lágrimas, y mientras más

blanca, que se aproximaba lentamente recogiendo el manto con la mano izquierda y apoyándose con la otra en un bastón grande ó báculo como el que usan los obispos. Aunque venía de muy lejos y andaba despacio, pronto llegó delante de Cadalso, sonriendo al verle. Acto continuo se sentó. ¿Dónde, si allí no había piedra ni silla? Todo ello era maravilloso en grado sumo, pues por encima de los hombros del Padre vió Luis el respaldo de uno de los sillones de la sala de su casa. Pero lo más estupendo de todo fué que el buen abuelo, inclinándose hacia él, le acarició la cara con su preciosa mano. Al sentir el contacto de los dedos que habían hecho el mundo y cuanto en él existe, sintió Cadalso que por su cuerpo corría un temblor gustosísimo.

— Vamos á ver—le dijo el amigo,—he venido desde la otra parte del mundo sólo por echar un párrafo contigo. Ya sé que te pasan cosas muy raras. Tu tía... ¡Parece mentira que queriéndote tanto!... ¿Tú entiendes esto? Pues yo tampoco. Te aseguro que cuando lo vi, me quedé como quien ve visiones. Luego tu papá, empeñado en llevarte con la tía Quintina... ¿Sabes tú el porqué de estas cosas?

— Pues yo — opinó Luis con timidez, asombrándose de tener ideas propias ante la sabiduría eterna—creo que de todo lo que está pasando tiene la culpa el Ministro.

— ¡El Ministro! (asombrado y sonriente).

— Sí, señor, porque si ese tío hubiera colocado á mi abuelo, todos estarían contentos y no pasaría nada.

— ¿Sabes que me estás pareciendo un sabio de tomo y lomo?

— Mi abuelo furioso porque no le colocan y mi abuela lo mismo, y mi tía Abelarda también. Y mi tía Abelarda no puede ver á mi papá, porque mi papá le dijo al Ministro que no colocara á mi abuelo. Y como no se atreve con mí papá, porque puede más que ella, la emprendió conmigo. Después se puso á llorar... Dígame, ¿mi tía es buena ó es mala?

— Yo estoy en que es buena. Hazte cuenta que el achuchón de hoy fué de tanto como te quiere.

— ¡Vaya un querer! Todavía me duele aquí, donde me clavó las uñas... Me tiene mucha tirria desde un día que le dije que se casara con mi papá. ¿Usted no sabe? Mi papá la quiere; pero ella no le puede ver.

— Eso sí que es raro.

— Como usted lo oye. Mi papá le dijo una noche que estaba enamoradoísimo de ella, por lo fatal... ¿sabe? y que él era un condenado, y qué sé yo qué...

— ¿Pero á ti quien te mete á escuchar lo que dicen las personas mayores?

— Yo... estaba allí... (alzando los hombros).

— ¡Vaya, vaya! ¡Qué cosas ocurren en tu casa! Se me figura que estás en lo cierto: el pícaro del Ministro tiene la culpa de todo. Si hubiera hecho lo que yo le dije, nada de esto pasaría. ¿Qué le costaba, en aquella casona tan llena de oficinas, hacer un hueco para ese pobre señor? Pero nada, no hacen caso de mí, y así anda todo. Verdad que tienen que atender á éste y al otro, y cuanto yo les digo, por un oído les entra y por otro les sale.

— Pues que le coloquen ahora... ¡vaya! Si usted va allá y lo manda pegando un bastonazo fuerte con ese palo en la mesa del Ministro...

— ¡Quiá! No hacen caso. Pues si consistiera en bastonazos, por eso no había de quedar. Los doy tremendos, y como si no.

— Entonces, ¡contro! (envalentonado por tanta benevolencia), ¿cuándo le van á colocar?

— Nunca — declaró el Padre con serenidad, como si aquel *nunca* en vez de ser desesperante fuera consolador.

— ¡Nunca! (no entendiendo que esto se dijera con tanta calma). ¡Pues estamos aviados!

— Nunca, sí, y te añadiré que lo he determinado yo. Porque verás: ¿para qué sirven los bienes de ese mundo? Para nada absolutamente. Esto, que tú habrás oído muchas veces en los sermones, te lo digo yo ahora con mi boca, que sabé cuanto hay que saber. Tu abuelito no encontrará en la tierra la felicidad.

— ¿Pues dónde?

— Parece que eres bobo. Aquí, á mi lado. ¿Crees que no tengo yo ganas de traérmele para acá?

— ¡Ah!... (abriendo la boca todo lo que abrirse podía). Entonces... eso quiere decir que mi abuelo se muere.

— Y verdaderamente, chico, ¿á cuento de qué está tu abuelo en este mundo feo y malo? El pobre no sirve ya para nada. ¿Te parece bien que viva para que se rían de él, y para que un Ministrillo le esté desairando todos los días?

— Pero yo no quiero que se muera mi abuelo...

— Justo es que no lo quieras... pero ya ves... él está viejo, y, créelo, mejor le irá conmigo que con vosotros. ¿No lo comprendes?

— Sí (diciendo que sí por cortesía, pero sin estar muy convencido...) Entonces... ¿el abuelo se va á morir pronto?

— Es lo mejor que puede hacer. Advérteselo tú; dile que has hablado conmigo, que no se apure por la credencial, que mande al Ministro á freir espárragos, y que no tendrá tranquilidad sino cuando esté conmigo. ¿Pero qué es eso? ¿Por qué arrugas las cejas? ¿No comprendes eso, tontín? ¿Pues no dices que vas á ser cura y á consagrarte á mí? Si así lo piensas, vete acostumbrando á estas ideas. ¿No te acuerdas ya de lo que dice el Catecismo? Apréndetelo bien. El mundo es un valle de lágrimas, y mientras más

pronto salís de él, mejor. Todas estas cosas, y otras que irás aprendiendo, las has de predicar tú en mi púlpito cuando seas grande, para convertir á los malos. Verás cómo haces llorar á las mujeres, y dirán todas que el padrino *Miau* es un pico de oro. Dime, ¿no estás en ser clérigo y en ir aprendiendo ya unas miajas de misa, un poco de latín y todo lo demás?

— Sí, señor... Murillo me ha enseñado ya muchas cosas: lo que significa *aleluya* y *gloria patri*, y sé cantar lo que se canta cuando alzan, y cómo se ponen las manos al leer los santísimos Evangelios.

— Pues ya sabes mucho. Pero es menester que te apliques. En casa de tu tía Quintina verás todas las cosas que se usan en mi culto.

— Me quieren llevar con la tía Quintina. ¿Qué le parece?... ¿voy?

Al llegar aquí, Cadalsito, alentado por la amabilidad de su amigo, que le acariciaba con sus dedos las mejillas, se tomó la confianza de corresponder con igual demostración, y primero tímidamente, después con desembarazo, le tiraba de las barbas al Padre, quien nada hacía para impedirlo, ni se incomodaba diciendo como Villaamil: *¿en qué cochino bodegón hemos comido juntos?*

— Sobre eso de vivir ó no con los Cabrerías, yo nada te digo. Tú lo deseas por la novelaría de los juguetes eclesiásticos, y al mismo tiempo temes separarte de tus abuelitos. ¿Sabes lo que

te aconsejo? Que llegado el momento, hagas lo que te salga de dentro.

— ¿Y si me lleva mi papá á la fuerza sin dejarme pensarlo?

— No sé... me parece que á la fuerza no te llevará. En último caso, haces lo que mande tu abuelo. Si él te dice: «Á casa de Quintina», te callas, y andando.

— ¿Y si me dice que no?

— No vas. Pásate sin los altaritos, y entretanto, ¿sabes lo que haces? Le dices al amigo Murillo que te dé otra pasada de latín, de ese que él sabe, que te explique bien la misa y el vestido del cura, cómo se pone el cíngulo, la estola, cómo se preparan el cáliz y la hostia para la consagración... en fin, Murillito está muy bien enterado, y también puede enseñarte á llevar el Viático á los enfermos, y lo que se reza por el camino.

— Bueno... Murillo sabe mucho; pero su padre quiere que sea abogado. ¡Qué estúpido! Dice él que llegará á Ministro, y que se casará con una moza muy guapa. ¡Qué asco!

— Sí que es un asco.

— También *Posturas* tenía malas ideas. Una tarde nos dijo que se iba á echar una querida y á jugar á la timba. ¿Qué cree usted? Fumaba colillas y era muy mal hablado.

— Todas esas mañas se le quitan aquí.

— ¿Dónde está que no le veo con usted?

— Todos castigados. ¿Sabes lo que me han hecho esta mañana? Pues entre *Posturitas* y otros pillos que siempre están enredando, me cogieron el mundo, ¿sabes?, aquel mundo azul que yo uso para llevarlo en la mano, y lo echaron á rodar, y cuando quise enterarme, se había caído al mar. Costó Dios y ayuda sacarlo. La suerte que es un mundo figurado, ¿sabes?, que no tiene gente, y no hubo que lamentar desgracias. Les di una mano de cachetes como para ellos solos. Hoy no me salen del encierro...

— Me alegro. Que la paguen. Y dígame, ¿dónde les encierra.

La celestial persona, dejándose tirar de las barbas, miraba sonriendo á su amigo, como si no supiera qué decir.

— ¿Dónde les encierra?... á ver... diga...

La curiosidad de un niño es implacable, y ¡ay de aquel que la provoca y no la satisface al momento! Los tirones de barba debieron de ser demasiado fuertes, porque el bondadoso viejo, amigo de Luis, hubo de poner coto á tanta familiaridad.

— ¿Que dónde les encierro?... Todo lo quieres saber. Pues les encierro... donde me da la gana. ¿Á ti qué te importa?

Pronunciada la última palabra, la visión desapareció súbitamente, y quedóse el buen Cadalso hasta la mañana, durante el sueño, atormentado por la curiosidad de saber dónde les encerraba... ¿Pero dónde diablos les encerraría?

XLI

No pareció Víctor en toda la noche; pero á la mañana, temprano, fué á reiterar la temida sentencia respecto á Luis, no cediendo ni ante las conminaciones de doña Pura, ni ante las lágrimas de Abelarda y Milagros. El chiquillo, afectado por aquel aparato luctuoso, se mostró rebelde á la separación; no quería dejarse vestir ni calzar; rompió en llanto, y Dios sabe la que se habría armado sin la intervención discreta de Villamil, que salió de su alcoba diciendo: «Pues es forzoso separarnos de él, no atosigarle, no afligir á la pobre criatura». Asombrábase Víctor de ver á su suegro tan razonable, y le agradecía mucho aquel criterio consolador, que le permitiría realizar su propósito sin apelar á la violencia, evitando escenas desagradables. Milagros y Abelarda, viendo el pleito perdido, retiráronse á llorar al gabinete. Pura se metió en la cocina echando de su boca maldiciones contra los Cabrerías, los Cadalsos y demás razas enemigas de su tranquilidad, y en tanto Víctor le ponía las botas á su hijo, tratando de llevarsele pronto, antes que surgieran nuevas complicaciones.

— Verás, verás — le decía — qué cosas tan monas te tiene allí la tía Quintina: santos magníficos,